

LA ORACIÓN⁷

Las reflexiones propuestas en esta sección versarán sobre la oración como tal y su papel en la vida cristiana en general. No nos ocuparemos directamente de las diversas formas de oración: la particular o la pública, comunitaria, litúrgica... Tales formas son apenas la vivencia de una realidad más profunda que deseamos encarar. Somos conscientes de que nuestras consideraciones serán bien esquemáticas como también sujetas a ser reformuladas por los miembros de la asamblea aquí presente.

Nuestro trabajo comprenderá 3 partes: I) el lugar de la oración en la vida cristiana; II) los caminos de la oración; III) los monjes y la oración.

I.- La oración en la vida cristiana

1) La oración fue siempre estimada como un valor esencial en la vida del cristiano: maestros y teólogos de todos los tiempos le dedicaron amplios tratados, procurando, a partir del s. XVI, fomentarla proponiendo métodos adecuados.

En los últimos decenios, sin embargo, notables autores, inspirándose en nuevas concepciones del cristianismo, sugieren un cristianismo que podría ignorar la oración explícita, por ser secularizado; es lo que llaman “Cristianismo sin religión”. El cristianismo se expresaría, ante todo, en la promoción de la justicia, de la paz, de la fraternidad entre los hombres, tal como procuran hacer las instituciones seculares de nuestros tiempos; la relación directa del hombre con Dios no sería objeto de las aspiraciones del cristianismo ni sería posible, pues el culto a Dios se prestaría solamente a través del amor a los hombres.

Particularmente digno de notar en este contexto es el libro del P. José Comblin titulado “Jesús de Nazareth” (Vozes de Petrópolis 1971) obra en la cual el autor, sin dejar de ser teólogo católico presenta un Jesús que “no practica ningún acto religioso ni parece preocuparse por la práctica religiosa de sus discípulos” (p. 66).

2) El modo como esa nueva tesis es propuesta, merece atención. De allí la pregunta obvia: ¿será que, de hecho, no nos engañamos, dando a la oración un lugar explícito en la vida cristiana, incluso con dimensiones comunitarias y sociales, haciendo de ella un culto sacral y ritual?

En respuesta, podemos afirmar que la oración directa y explícita continúa siendo paya el cristiano (y para el monje) la respiración espiritual, es decir, un elemento vital indispensable. Quien asume el cristianismo no sólo como escuela de doctrina ni como mero movimiento de acción social, sino como experiencia de filiación divina (de aquella filiación divina que san Juan, en la *1 Jn* 3,1, dice ser no sólo nominal, sino real, ontológica), no puede dejar de reconocer, que la oración, es decir, el contacto directo e íntimo con Dios es la médula de la vida cristiana. Esto podrá y deberá expresarse también en múltiples actividades, de tal modo sin embargo que no pierda el espíritu de oración.

3) Para fundamentar mejor esta afirmación, vamos a recordar dos grandes verdades de la fe y de la teología:

⁷ Tradujo: Hna. María Candida Cymbalista, osb. Abadía de Santa Escolástica. Buenos Aires, Argentina.

1- *el objeto de la vocación cristiana es el encuentro cara a cara con Dios.* Es lo que leemos en *1 Jn 3,2*: “Ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste seremos semejantes a Él porque lo veremos tal cual es”.

San Pablo no es menos claro: “Ahora vemos en un espejo, confusamente. Entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de un modo imperfecto, pero entonces conoceré como soy conocido” (*1 Co 13,12*).

Se comprende entonces que, si el punto de llegada de la vocación cristiana es la contemplación directa de la Belleza infinita, las etapas de esa ruta han de ser homogéneas, o sea, impregnadas del espíritu de contemplación o unión con Dios. En otras palabras: si un día Dios será absolutamente todo para nosotros (de suerte que veremos todas las criaturas en Dios y a través de Dios), es lógico que esa intimidad o connaturalidad con Dios se torna desde la vida presente una realidad cada vez más concreta y colorida. Por eso también muy oportunamente el decreto “*Perfectae Caritatis*”, retomando una clásica norma de espiritualidad cristiana recomienda a los Religiosos (lo que es valedero también para los demás fieles) que vivan en espíritu de oración: “los miembros de los institutos deben cultivar con asiduo empeño el *espíritu de oración y la oración misma*, bebiendo en las genuinas fuentes de la espiritualidad cristiana” (n. 6).

Parafraseando este texto podemos decir: la oración explícita y directa, al darnos un estrecho contacto con Dios, debe dejarnos imantados o polarizados por Dios de tal modo que, terminada la oración ejerzamos cualquier otra actividad bajo el impacto de la presencia de Dios o en íntima unión con Él; esa imantación o polarización, que se va tornando casi espontánea es lo que se llama “espíritu de oración” o también “espíritu de contemplación”. Así entendida, el P. René Voillaume juzga que “la contemplación es el elemento esencial de toda la vida cristiana” (cf. “*L’Adaptation et la rénovation de la vie religieuse*” París 1967, p. 159).

2- *todos los cristianos tienen la misma y suprema vocación a la santidad.* Esto significa: todos los cristianos son llamados a la perfección de la vida cristiana que es la íntima unión con Dios en el amor. Ahora bien, ya que es la oración lo que nos da el contacto directo con Dios, la perfección de la oración es inherente a la vocación cristiana.

En otros términos: el primer mandamiento es un mandamiento de totalidad dirigido a Dios: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente” (*Lc 10,27*). Estas palabras de Cristo implican lo siguiente: todo lo que hagamos, ya sea en el plano de la inteligencia, ya sea en el plano de la voluntad, debemos hacerlo en vistas o con relación a Dios, el Señor. Cualquier vocación inmediata que nos corresponda aquí en la tierra, deberá ser siempre encaminada hacia el término supremo, que es la plena unión con Dios.

Este encaminamiento sólo es posible si Dios se va tornando para nosotros cada vez más presente, vivo, real, “colorido”, “sabroso” mediante los encuentros íntimos y profundos que la oración nos proporciona. Cuando no se dan tales encuentros, Dios permanece siendo aquello que muchas veces es Él para la criatura: una *palabra distante y pálida*, o aquello que Él es para el investigador cerebral: el *Primer Motor Inmóvil*, o para el teólogo de la muerte de Dios: *el fondo íntimo de nuestro ser*.

El Cardenal Jean Daniélou está tan convencido del papel vital de la oración en la existencia de los hombres en general que tituló a uno de sus libros: “Oración, problema político”. En esa obra, el autor dice que la oración interesa y afecta a la Polis, a la ciudad entera; una ciudad en la cual sólo haya casas de los hombres, sin casa de Dios o Templo donde el Señor sea adorado y glorificado, es una ciudad sin alma o muerta, la adoración no puede faltar entre las expresiones de una auténtica sociedad humana.

Una vez establecido el lugar primordial de la oración en la vida cristiana, nos compete indagar lo relativo a:

II. Como caminar en las vías de la oración

No intentamos proponer un tratado sobre la oración, teniendo en cuenta métodos, crisis y progresos de la vida de oración. Lo que nos interesa, es realzar los dos elementos básicos de cualquier programa de espiritualidad: la acción gratuita del Espíritu Santo en el hombre, la apertura franca y amplia de la criatura al Espíritu de Dios.

II. 1- *La acción del Espíritu*

Delante de Dios inefable, la criatura es siempre pequeñita o niño que no logra balbucear. Consciente de esto, el Apóstol decía:

“El Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos pedir como conviene, más el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables, y el que escruta los corazones, conoce cuál es la aspiración del Espíritu, y que su intercesión a favor de los santos es según Dios” (*Rm 8,26 s.*).

Es el Espíritu Santo quien, mediante el don de sabiduría infusa nos comunica el sabor de las cosas de Dios, haciéndonos penetrar delectablemente dentro del Inefable. De esta acción del Espíritu resulta la *contemplación infusa*, o sea, un cierto estado de deslumbramiento frente a las verdades de la fe, deslumbramiento que nos puede suceder cuando menos lo esperamos. “Él nos amó primero” (*I Jn 4,10*), “Siendo nosotros todavía pecadores, Cristo murió por nosotros” (*Rm 5,8*). “Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia” (*Rm 8,20*)... Estos pasajes bíblicos que podemos haber leído repetidamente sin haber sido nunca impresionados, un buen día imprevistamente, pueden tornarse altamente significativos incluso apabullantes, por causa del Espíritu Santo que nos mueve según el don de la sabiduría infusa.

Esta acción del Espíritu en nosotros nos introduce cada vez mas en los caminos de la *Mística*. Sabemos que “mística” no es otra cosa sino el conocimiento experimental de Dios, es decir el conocimiento que se obtiene no tanto en base al estudio y a la reflexión, sino, en virtud de la connaturalidad o afinidad con el mismo Dios; el amor abre el ojo de la mente y agudiza la percepción del espíritu.

La vida mística así entendida no es vocación privilegiada de cristianos raros, sino que es el llamado general que convoca a todos y cualquier fiel bautizado está en la línea del desarrollo normal del bautismo y de sus dones en nosotros. Si sucede que no se alcanza esta experiencia de Dios, esto ocurre no por deficiencia del Espíritu, sino por cobardía o sustracción de la criatura que se cierra a la acción de la gracia por temor a ser invadida o mas y mas solicitada por el Infinito.

Es por esto que pasamos a considerar explícitamente.

II. 2- *La apertura del cristiano al Espíritu*

Dicen los maestros que la ascesis y la mística son inseparables la una de la otra. Esto quiere decir: que la acción del Espíritu supone una constante apertura y disponibilidad por parte del hombre. Esta disponibilidad implica naturalmente dominio sobre nosotros mismos, renuncia al hombre viejo y a las tendencias desordenadas que habitan en nosotros. En una palabra, implica purificación según la hermosa palabra del Apóstol san Juan: “Seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es. Todo el que tiene esta esperanza en Él se purifica a sí mismo como Él es puro” (*I Jn 3,2-3*). Además, el mismo Señor dice en el Evangelio: “Bienaventurados los puros de corazón, porque verán a Dios” (*Mt 5 8*).

Esta purificación será siempre dura, austera. De donde se desprende que no puede faltar, en una vida que realmente aspire al progreso en la oración, la práctica de la penitencia o de la mortificación. Querer suprimir a ésta bajo el pretexto de que no encuentre eco o aceptación por parte de los hombres de hoy o de los candidatos a la vida religiosa, es condenarse a perder el tiempo en los caminos de la espiritualidad. Lo que debemos hacer en nuestro tiempo en el cual la salud es más frágil y está habitualmente debilitada, no es abolir la penitencia, sino, según la Constitución “Paenitemini” de Pablo VI, tratar de descubrir nuevas formas de ascesis: será valiosa, por ejemplo, la privación voluntaria de ciertos placeres o comodidades que la vida moderna ofrece en proporciones inéditas y que hasta en el monaquismo pueden haber penetrado (radio, televisión, cine, playa, cigarrillos, bebidas...); la aceptación alegre y unida a Cristo, de los disgustos, de la agitación, de las enfermedades físicas, de los dolores morales de la realidad de cada día, equivale a otras tantas expresiones de mortificación cristiana. En particular, vida monástica sin austeridad, corre el riesgo de desfigurarse y vaciarse de sentido (peligro de instalación).

El *trabajo* debe ser un elemento importante para mantener la austeridad de la vida del cristiano y, en particular, del monje. El establece un ritmo de vida metódico, con obligaciones que deben cumplirse ante la comunidad o la sociedad; nos libera así del individualismo y de las arbitrariedades. Una vida que no conozca las obligaciones, por lo general imperiosas, del trabajo, corre el riesgo de degenerar, tornándose aburguesada (sin que el propio sujeto tenga conciencia de ello).

El *estudio* es otro elemento que integra la ascesis y la mística del orante. Puede asumir el aspecto de estudio sistemático de la teología y de las disciplinas anexas, como también el de la lectura profundizada de la Palabra de Dios y de obras de espiritualidad. Este estudio nos predispone a la *contemplación adquirida*, es decir, a la meditación consciente y voluntaria de las verdades de la fe.

III. Los monjes y la oración

Lo que acaba de proponerse, se aplica de modo especial a la vocación de los monjes. Estos son dispensados por Dios, el Señor, de las obligaciones de la familia y de las preocupaciones lucrativas, a fin de vivir, por excelencia, de Dios y para Dios. Por lo tanto compete a los monjes en la Iglesia de Dios, -y principalmente en nuestros días, cuando la práctica de la oración es bastante reducida y olvidada- cultivar la vida de oración, ya sea particular, ya sea comunitaria. Están aquellos y aquellas que permanecen constantemente en la clausura a fin de usufructuar los beneficios que el retiro del mundo puede proporcionar a la vida espiritual. A otros Dios los coloca en actividades fuera de la clausura compatibles con el estado monástico, también estos, a su modo, son llamados a desarrollar una vida profunda de oración; ésta les será siempre posible, pues Dios no niega su gracia a quien Él señala una determinada tarea, por más agitada que sea.

Terminamos aquí citando la conclusión con la que el P. René Vouillame cierra su libro “*Prier pour vivre*”:

“La vida contemplativa, en el claustro o fuera del claustro, no es otra cosa sino una anticipación de lo que debe ser un día el estado de vida de toda criatura humana; ésta es su última y verdadera purificación sin la cual no tiene sentido. Anticipamos desde ya lo que debe ser el destino de todo hombre salvado y glorificado por Cristo... A pesar de nuestras flaquezas y de la manera miserable como vivimos tal vocación, nuestro estado de vida permanece siendo la afirmación de la vocación sobrenatural de la humanidad. El mundo precisa ver éstas realidades, no sólo afirmadas en predicaciones, sino realmente anticipadas ante sus ojos en vidas humanas” (“*Prier pour vivre*”. París 1966, p. 125)⁸.

⁸ Son interesantes ciertas expresiones “secularizadas” de Bonhoeffer, Tillich y Robinson: “Para el autor de *Honest to God*, el conjunto de las ideas de Bultmann, Tillich y Bonhoeffer conduce a un nuevo cristianismo: proponen una reinterpretación radical de todas las doctrinas cristianas. El paraíso es en adelante concebido como *la unión en el amor con el fundamento de nuestro ser*, unión que se realiza de manera ejemplar en Jesucristo. El infierno es *la unión, en la alienación con el fundamento de nuestro ser*, estado que el hombre experimenta anticipadamente cuando es incapaz de ponerse de acuerdo

*Mosteiro S. Bento
C. P. 2666
20000 Rio de Janeiro GB
Brasil*

consigo mismo y con los otros. El pecado es el abismo de la separación, separación de ese fundamento de nuestro ser, como es experimentado en la desesperación. La gracia es *una ofrenda de la vida, en toda su profundidad divina*, para superar la separación y la alienación del fundamento de nuestro ser” (Ved HETHA, “Les theologiens de la mort de Dieu”, Paris 1969, p. 23).